

¿NAUFRAGIO A LA VISTA?



Guillermo Montoya Esta historia —común en nuestros días, que palpita por doquier alrededor nuestro— se refiere a un barco que emprende un viaje —ustedes pueden preguntarse, y están en su derecho, «¿qué, no todos los barcos emprenden viajes?»—. Bueno, lo que pasa es que éste en particular trae consigo un itinerario y una misión no común en nuestros días. Podríamos decir que entre sus objetivos están lo que expertos en guerra llaman un plan estratégico para proponer alternativas de solución a los ingentes problemas. Por ello, se esmera en vislumbrar con la mayor precisión posible los potenciales peligros y emprender acciones para anticiparse a ellos. Aunque en realidad nadie sabe a ciencia cierta las acechanzas que lo acosarán durante todo el trayecto. Debe, en este sentido, evitar el naufragio a toda costa —ya los estoy oyendo decir, «pero, ¿acaso en la vida lo único seguro es la muerte?».

En realidad, la nave en cuestión no puede darse el lujo de zozobrar, porque tiene el caro objetivo —en lo monetario y en lo subjetivo— de generar conocimiento útil, no solo para justificar y legitimar los costos de la travesía, sino también para enriquecer el acervo vigente de saberes —el dominante y el alternativo—. Por favor no me pregunten cuál es la diferencia, no quiero filosofar— y ponerlo a disposición para provecho de la sociedad, que es en último término a quien se deben. Porque este tipo de viajes a la población en su conjunto le

genera costos de oportunidad —desvían recursos para este viaje en lugar de invertirlos en otras actividades, eventualmente más rentables—. Notarán, pues, que no se trata de cualquier conocimiento, no, para nada. Debe tener entre otras cualidades la de ser útil —otra pregunta obligada que deberían hacerse algunos: «¿acaso hay conocimiento inútil?»—. En realidad, el conocimiento en cuestión tendría que ser probado por la praxis para determinar su beneficio o no.

A decir verdad, el puñado de viajeros ha optado por esta travesía llena de peligros porque le apasiona la aventura, la creatividad, el reto que significa descubrir algo —y, ¿por qué no?, filtrarse a la inmortalidad si llegan a descubrir nuevos paradigmas, esto es, nuevas formas de explicar la realidad. Hasta se puede decir, en este sentido, que son egoístas—. De manera que al exquisito placer que procura el ocio han optado, casi por vocación, por esta especie de ascetismo no muy alejado de las exigencias del anacoreta, que vive aislado con el único fin de no ser molestado para poder sacar fruto de sus cavilaciones —inclusive, por eso resulta común señalarlos como raros, medio locos—. No obstante, el riesgo, la incertidumbre siempre presente a lo largo de la vida, emerge junto con las exigencias que toda travesía exige en estos casos: eficiencia, productividad, innovación, cumplir en tiempo; de manera que los aventureros en cuestión siempre estarán con el temor de que no

puedan demostrar que en efecto tenían potencial para emprender el viaje y aportar, sin más, a la grave y compleja cuestión de la ciencia.

Así las cosas, para evaluar este desempeño se instituye un mecanismo de vigilancia y monitoreo constante, con indicadores cuantificables, autoaceptados. Por otra parte, como en todo proyecto, se instaura una estructura dictada por los cánones dominantes, fincada en una jerarquía de mandos —que incluye estructuras formales que responden más al desfogue emocional que a la aplicación de acciones para redireccionar la nave, o como se dice en la jerga: un cambio de timón—. De lo que se trata es de no dejar cabos sueltos. De manera que cada miembro de la tripulación tiene que cumplir con sus obligaciones, de otra forma, se le estigmatiza como alguien que coadyuva a un naufragio seguro, y en caso extremo propicia que la nave corra el riesgo de ir a la deriva. Obviamente, para evitar tal desastre, se erigen mecanismos e indicadores de desempeño individual para ir monitoreando las acciones todas. Se estructura un código de premios y sanciones —ya los oigo decir, «¡pero, hombre, así funciona todo en la vida!».

El modelo, aun con sus principios mercantiles, por sus bases de competencia desigual, parece funcionar a la perfección. Sin embargo, el tiempo y la

propia naturaleza humana, esos omnipresentes y eternos enemigos, hacen el trabajo sucio. De hecho, los premios hacen aun más notoria la diferenciación interpersonal, a la que de por sí están expuestos todos los navegantes, las pasiones individuales, los egoísmos incontrolados, las maquinaciones desquiciantes, en fin, una y mil situaciones contribuyen para que el sistema se empiece a desgastar.

Los economistas, que son muy dados a hablar de modelos, han acuñado el concepto de desgaste o agotamiento del modelo. Tomo prestado, pues, el concepto que nos ocupa y preocupa —con el permiso de ustedes, obviamente—. La estructura de premios o estímulos —como quieran llamarle— empieza a perder su atractivo, incluso existe la sensación de que ha sido la causa de una lacerante individualización y falta de cooperación entre los miembros de la

tripulación; se percibe, se respira en el ambiente esa sofocante sensación de menosprecio, de deshumanización, de ausencia de solidaridad y hasta de envidia —sentimiento enfermizo, que incomoda y genera cólera por el éxito ajeno. Ustedes me podrán corregir: debilidad humana en fin—. Este ambiente termina por trastornar hasta a los más avezados y ecuanímenes entes. Y termina por atizar aún más el fuego, pidiendo las cabezas de aquellos que, a la postre, no han desplegado suficientes esfuerzos para ceñirse a los objetivos del viaje.

Curiosamente son los que no pierden ocasión alguna para dispendiar discursos críticos, son los que reclaman equidad, justicia, democracia. Y por ende no han perdido oportunidad alguna para referirse con acidez a la lógica mercantil en la que se sustenta la estructura de estímulos para resarcir los ánimos de la

tripulación. Viven en esa lacerante contradicción: aceptan a regañadientes la racionalidad dineraria de comprar el esfuerzo adicional de los compañeros de viaje, impuesta por el sistema; pero levantan la espada para cortar la cabeza del compañero, del amigo, del colega, ante el más nimio error. Sin pecararse, pues, se empiezan a deshacer de lo más preciado del contingente: los necesarios y multidimensionales recursos condensados en las experiencias individuales —no me pueden desmentir que el refrán dice: «más sabe el diablo por viejo que por diablo».

Para los propósitos iniciales, los objetivos logrados hasta ahora podrían ser valorados por la sociedad, una especie de plebiscito sería lo más idóneo. Pero, concediendo que hubo consenso cuando se erigieron las nuevas reglas del juego, lo exagerado del asunto es que sin más les mandan al patíbulo, les condenan a muerte, a muchos de los que tuvieron el valor de emprender este viaje, cuyo final no podían prever, pero que nunca dudaron de apoyar la iniciativa. Empero, ahora resulta que son dispensables, desechables, parias que atentan en contra de la travesía.

Sin duda, por el esfuerzo y potencial creativo del resto de la tripulación, la nave por lo pronto desvanece toda posibilidad de naufragio, sin embargo las contradicciones internas, de no ser atendidas entendiéndolas, podrán ser el caldo de cultivo tanto para sacar a relucir las fortalezas y develar las propias debilidades. Después de todo, la solidez se mide por sus miembros. ¶

Guillermo Montoya es investigador del Área
Sistemas de Producción Alternativos,
Unidad San Cristóbal
(gmontoya@ecosur.mx)